

los cristianos. La Siria estaba en aquel tiempo poblada de esos monasterios, especie de *oásis* en medio de la idolatría, y de *ciudadelas* en medio de los bárbaros.

XV

El monje Djerdjis, contemplando desde lo alto de los miradores de su monasterio el campamento de la caravana en el valle, observó la belleza de un muchacho sentado en el suelo, á quien parecia que defendian de los ardientes rayos del sol ligeras nubes flotantes, como si fueran parasoles en un cielo de fuego. Fuera natural atractivo hácia la bella infancia, fuera deseo de conversar de la patria con compatriotas, el monje mandó ofrecer en su nombre la hospitalidad á los jefes de la caravana. Subieron estos al convento, pero á causa de su edad, no se atrevieron á llevar consigo á Mahoma. Cuando se hubieron sentado ante la comida que les habian servido, Djerdjis reparó en la ausencia del niño y mandó que subiera. Alegaba Abustaleb por excusa su juventud: « Sí, sí, exclamó uno de los árabes de su cortejo, levantándose para ir á buscar al huérfano, el nieto de

Abdelmotaleb es digno, cualquiera que sea su edad, de participar de la honra que nos dispensas! »

El monje Djerdjis lo acogió con afabilidad. Su fé cristiana no habia borrado enteramente en él la credulidad nacional de su raza. Vió un *signo* debajo del cuello, entre los hombros de Mahoma, signo que consideran los árabes como símbolo de grandes destinos. Dirigió muchas preguntas al muchacho, y le sorprendió la fuerza y la exactitud de sus respuestas. La caravana se paró mucho tiempo bajo los muros de este convento hospitalario. El monje se aprovechó sin duda de sus largas conversaciones con el hijo de una ilustre estirpe, para sembrar en aquella tierna y fértil inteligencia los gérmenes de una fé espiritual y mas pura que las groseras supersticiones de la Mecá. Para madurarlos confió en el tiempo y en la inteligencia precoz del niño. Cuando Abustaleb se decidió á continuar su viaje, Djerdjis le dijo con un tono á la vez profético y paternal: « Vé, restituye, al concluir tu expedicion, á ese jóven á su patria; vela con solicitud por él, y sobre todo, presérvalo de los judios! Si llegaran ellos á descubrir en él ciertos indicios que yo mismo he descubierto, no dejarian de formar alguna conspiracion contra su vida; sabe únicamente que el porvenir reserva grandes cosas al hijo de tu hermano! »

Todos los historiadores árabes están contestes en la narracion de esta primera entrevista y de otras celebradas mas tarde entre el jóven Árabe y el monje cristiano del convento de Siria. Este es el punto de partida de los pensamientos y de la mision futura del profeta de la Arabia. El Coran fué evidentemente en su espíritu la vegetacion de esa semilla del Evangelio llevada á su alma por el viento del desierto.

XVI

Esta conferencia con el monje inspiró á Abutaleb un secreto respeto hácia su sobrino. Volviólo á llevar á la Meca. Allí tambien se hizo admirar el jóven por la madurez precoz de su inteligencia, por la rectitud de su alma, por el recogimiento de su vida, por la gracia y majestad de su rostro. Él buscaba la compañía de los ancianos y de los sabios, esquivando las frivolidades, los desórdenes, la desmoralizacion y la embriaguez de los jóvenes coraitas. Solo sobre las colinas y los valles pedregosos de las cercanías de la Meca, meditaba en esos pensamientos, fruto exclusivo de la soledad, que inspiran disgusto hácia las

cosas que seducen á la muchedumbre. Es probable que aquellos pensamientos, reservados todavía, del sobrino de Abutaleb, tendiesen á la reforma de la religion brutal é idólatra de sus compatriotas. La revolucion que debia llevar á cabo, no carecia, como se ha creido, de presentimientos y aun de predisposicion por parte de los árabes. Las vergonzosas supersticiones del viejo culto comenzaban á sublevar el ánimo de los coraitas reflexivos. Los hábitos subsistian, las convicciones vacilaban en las almas. De otro modo, cualquiera que hubiera sido el genio de Mahoma, hubiera fracasado contra una religion. Un hombre destinado á triunfar, no es jamás otra cosa sino que el resumen vivo de una inspiracion comun en el espíritu de su tiempo. Un poco se le anticipa, y por eso es perseguido; pero él lo expresa, y por eso lo siguen. Hé aqui tambien porqué la gloria de un hombre es tan justamente la gloria de su época. Se observan las huellas de esta aspiracion á una religion mas racional y mas depurada en las historias locales de los coraitas desde los primeros años de su futuro reformador. Los sacrilegios de intencion contra sus gastados dioses se vulgarizaban.

XVII

Un dia, cuatro de los principales sabios de la Meca, Waraca, Othman, Obaydallah y Zaid, viendo con desprecio al pueblo que celebraba la fiesta de uno de sus ídolos, se retiraron y se dijeron entre sí: « Los coraitas siguen una mala senda; se han separado de la religion pura de Abraham; ¿qué significa esa divinidad á la que ofrecen sacrificios, y al rededor de la cual celebran procesiones solemnes? Una piedra inerte, sorda y muda, incapaz de hacerles bien ni mal. Todo eso es mentira; busquemos la pura religion de Abraham nuestro padre, y para volver á hallarla, abandonemos, si es menester, á nuestra patria y recorramos los países extranjeros! »

Waraca, avanzado en edad, pasaba por la lumbrera de la Meca. Él era el oráculo de los coraitas, el mas sabio y letrado de los árabes; él habia tenido comunicacion con los judíos, él habia leído sus libros sagrados, de ellos habia recibido la idea y el presentimiento de un Mesías revelador, predestinado á regenerar el espíritu humano: él conocia igualmente

el Evangelio, él hablaba con respeto del cristianismo, y mas tarde por fin murió acristianado.

Su primo Othman era de su cenáculo de filósofos. Él se sentia atraído hácia el Dios de espíritu y verdad que habia predicado el Cristo no léjos de la Arabia. Fué á instruirse á Bizancio y allí recibió el bautismo.

Obaydallah, trabajado por las mismas dudas, agonia de las religiones que mueren en nosotros, debia flotar mucho tiempo en sus incertidumbres, adoptar por algunos dias la reforma de Mahoma, y renegar de ella despues para abrazar el cristianismo.

Zayd, mas impaciente por la verdad que sus tres amigos, rompió estrepitosamente todo pacto con la religion de su país, blasfemó de los dioses de los coraitas, y quiso partir á lejanas tierras para consultar en ellas á los sabios. Su familia lo hizo detener por fuerza en la Meca, vigilándolo su mujer Safya. Esta violencia le hacia sufrir mucho. Algunas veces se le oia, apoyada la espalda en el muro del templo, decir con amargura al Dios desconocido que agitaba su conciencia: « ¡Señor, si supiera de qué manera quieres ser servido y adorado, obedeceria tu voluntad; pero lo ignoro!..... » En seguida se prosternaba con el rostro en tierra y la mojaba con sus lágrimas. Sin embargo proclamaba la unidad del Criador. Confináronlo á una tienda sobre una colina inhabitada cer-

cana á la ciudad. Se fugó y se fué hácia el Tigris, llegó á Siria, vió al monje, que habia profetizado un Mesías en el sobrino de Abutaleb, regresó á la Meca para abrazar su causa, y pereció en el camino á manos de los árabes idólatras.

XVIII

En aquel tiempo vivia en la Meca, en una tiendecilla de la colina Marwa, cuartel de los artesanos que trabajaban los metales, un platero llamado Djabber, griego de origen y cristiano de religion; Mahoma frecuentaba el taller de este artesano. Tenia con él frecuentes y largas conversaciones, cuyo objeto misterioso no podia ser otro que el de los dogmas y la moral cristiana, culto hácia el cual se inclinaba el jóven filósofo, del mismo modo que sus cuatro amigos. Aunque fuera penosa la conversacion entre el artesano griego, que sabia muy imperfectamente el árabe, y el coraita, que no sabia el griego, Mahoma no cejaba ante este obstáculo, y pasaba horas y aun dias en compañía del cristiano.

Esta comunicacion, observada mas tarde, cuando

promulgó su doctrina, lo hizo acusar de no haber concebido nada por sí mismo, y de haber hecho escribir los preceptos del Coran al platero de Marwa. Él respondió indirectamente á esta suposicion mas ó ménos probable con este versículo de su libro:

« Dicen que un hombre extranjero enseña á Mahoma, sin reflexionar que ese extranjero solo habla en un idioma bárbaro, miéntras que el Coran está escrito en la lengua árabe mas correcta y mas pura. »

Pero miéntras el jóven bebia en las fuentes extranjeras la filosofia religiosa de las naciones vecinas, magos en Persia, hebreos en Judea, ya cristianos en Siria y Abisinia, se entregaba con los poetas y literatos de su país al estudio que es necesario para dar un dia á sus pensamientos la propiedad, la energía y la pureza del verbo nacional. Él sabia que para propagarle, debe la verdad ser reflejada en un espejo que la reproduzca clara, viva y brillante á la vez, como el rayo del sol en las aguas. La lengua árabe, tanto mas pura en el desierto cuanto que se hallaba en él ménos alterada por el contacto con los idiomas extraños, ofrecia en aquel momento al revelador su admirable instrumento de inteligencia y de propagacion. El Coran es con efecto, su tipo mas acabado. Despues no ha ganado ni perdido nada; parece que

se ha petrificado ó metalizado bajo la pluma de caña del autor del Coran.

XIX

Y en aquel tiempo parece que cultivó su corazón con tanta solicitud como su entendimiento. Su belleza, su modestia, su abstinencia de los placeres profanos de la juventud coraita, su asistencia constante al templo, su respeto á los ancianos, su cuidado en recoger las palabras de los sabios, su amor filial á su padre adoptivo Abutaleb, su deferencia hácia los hijos de este tío, cuyo huésped era sin afectar ser su igual, su afición á la soledad, sus meditaciones, velos bajo los que parecía ocultar la elevación de su espíritu, una elocuencia en fin sobria que solo hablaba cuando era interrogada, pero que manaba del alma mas que de los labios, dándole así el don de persuadir á los otros porque ya él estaba de antemano persuadido, todas estas cualidades de nacimiento, de cuerpo, de alma, de carácter, estimadas por todas partes, aun entre los bárbaros, le ganaban el afecto, el corazón, y atraían las miradas de la Meca hácia el huérfano de Amina.

Ellas sobre todo sedujeron el corazón de una mujer opulenta y considerada en la Meca, llamada Kadidje ó Khadidjah.

XX

Kadidja, hija de Khuwalid, jefe de una de las casas mas nobles de los coraitas, era viuda. Su padre y su marido le habian dejado riquezas que, siguiendo el ejemplo que ellos le habian dado, aumentaba ella comerciando en Siria. Sus caravanas atravesaban el desierto. Ella buscaba una persona capaz y fiel para confiarle la dirección de sus negocios y la conducta de sus caravanas. Quería asegurar su zelo é interesarlo en el buen éxito de su tráfico, dándole parte en las ganancias. Por todas partes oía ella alabar al sobrino de Abutaleb, y á él le propuso la dirección de su casa. Tal vez el nacimiento ilustre, la juventud y las gracias exteriores del hijo de Amina, tanto como sus virtudes, hicieron concebir desde luego á Kadidje la esperanza vaga de unirse á este hombre con lazos mas estrechos. Virtuosa, bella y jóven ella todavía, podía pensar en un segundo matrimonio, despues de haber experimentado el carácter de Mahoma.

XXI

Sea como quiera, Mahoma que ardia en deseos de visitar los países desconocidos donde las doctrinas hebráicas y cristianas penetraban hasta en el desierto, con tanto atractivo para su alma, aceptó agrado la oferta de Kadidje. Al principio lo puso bajo la vigilancia y los consejos de uno de sus sirvientes mas cargado de años y de experiencia, llamado Maysara. Partieron juntos, y llevaron con felicidad las caravanas de Kadidje á Damasco, Alepo, Antioquia, Jerusalem, Berito, Palmira, Baalbeck y todas las ciudades opulentas de la Siria árabe ó romana. Vendieron en ellas á precios subidos los tejidos y las perlas de la India, de que Kadidje habia cargado sus camellos. A su vuelta trajeron los objetos mas codiciados por los árabes que venian en la época de la peregrinacion á surtir sus tiendas en la Meca. Este comercio produjo nuevos tesoros á Kadidje. Maysara, su fiel criado, á quien interrogó acerca de la conducta de Mahoma, le habló de su jóven compañero como de un sér bendecido por Dios, protegido en el camino

por los ángeles que lo libraban con sus alas de los rayos ardientes del sol. Refirió á su señora que Mahoma se detuvo al pié de un monasterio cristiano, cuyo superior, amigo ya del jóven, habia sido testigo, como él, de esta proteccion divina que lo cubria de sombras á medida de sus deseos. Este monje, añadia Maysara, presagiaba grandes cosas del jóven. Él será, decia, el apóstol de la Arabia.

Estas palabras del monje cristiano al sirviente de Kadidje atestiguan suficientemente que Djerdjis y Mahoma habian conversado de nuevo acerca de las cosas santas, y que el fraile, encantado del talento de su prosélito, habia creído ver, y habia anunciado en él á sus compatriotas al propagador del cristianismo en el desierto.

Por lo que respecta á Mahoma, este se ocupaba mas de las verdades religiosas que habia recogido en sus viajes, que de la parte que le pertenecia de los tesoros que traia á su señora. Kadidje sin embargo, creia que aquella parte era inferior á su gratitud. Los méritos, los servicios, las virtudes precoces de su jóven sirviente habian cambiado la estimacion hácia Mahoma en afecto y admiracion. Las profecías del monje cristiano añadian á su amor ese prestigio que es el presentimiento de la gloria. Ser esposa de aquel en quien el cielo anunciaba cierta cosa como divina, pa-

recia á la jóven viuda una union con la divinidad de un sér sobrenatural. El amor prestaba su auxilio al prodigio y el prodigio al amor.

XXII

Ella no osó, segun la costumbre árabe, hablarle de sus sentimientos. Hizo que le hablara un anciano de la casa. He aquí las palabras que mandó decirle :

« ¡ Primo mio ! ¡ el parentesco que existe entre nuestras dos familias, la precoz consideracion que te rodea, tu sabiduría y tu fidelidad en la conducta de mis caravanas, me hacen desear el ser tuya ! »

Aunque lisonjeado Mahoma con tan alta felicidad, no se atrevió, sin embargo, á responder sin consultar á su tio Abutaleb y á sus primos. Abutaleb vió en aquella union la gloria de su casa y la fortuna de su sobrino. Él fué á pedir al padre de Kadidje la mano de su hija. Él mismo se encargó de pagar el precio de la viudedad y reunió en un banquete los cuarenta jefes de las mas poderosas casas de la Meca anunciándoles que el festin tenia por objeto solemnizar el matrimonio de su hijo adoptivo Mahoma con la

opulenta hija de su primo. « Mahoma, el hijo de mi hermano, les dijo, levantándose de su alfombra, carece de bienes de fortuna, de esos bienes que son una sombra pasajera, un depósito que mas temprano ó mas tarde es preciso devolver á la tierra; pero vosotros conocéis sus virtudes y la nobleza de su nacimiento, vosotros sabéis que no hay ninguno que pueda comparársele á él en sabiduría ! »

El jóven de quien se hablaba así sin que nadie contradijera, en el consejo de sus compatriotas, ¿ era, como tantas veces se ha escrito por ignorancia, el hijo oscuro de un camellero? Todos los árabes, de ese modo, grandes y pequeños, eran camelleros, porque todos tenian al camello por signo de riqueza y de poder relativos. Es lo mismo que si se llamara al hijo de una casa noble de la Gran Bretaña ó de Normandía hijo de un boyero, porque la fortuna de sus padres consistiera en pastos y ganados.

Mahoma y Kadidje, unidos de corazon, pero siempre separados de bienes, con arreglo á la costumbre de las segundas nupcias del desierto, vivieron con ejemplar fidelidad. Mahoma profesó constantemente á su mujer, de mas edad que él, el respeto y la deferencia de un hijo juntos con la ternura de un esposo. En el historiador árabe Abulfedá se encuentra un testimonio sencillo y tierno de los miramientos del

marido concernientes á la autoridad de esposa. Su nodriza Halima, habiendo oido hablar de su matrimonio y de sus riquezas, fué á presentarle el cuadro de su propia miseria, y á solicitar su beneficencia en favor de aquella que le habia dado sus pechos. Enternecido Mahoma, no osó, sin embargo, socorrer á su pobre nodriza con el oro de su mujer. Él mismo pidió humildemente á Kadidje el auxilio solicitado, y con su permiso dió á Halima cuarenta ovejas.

No tardó Kadidje en dar á luz su primer hijo, llamado Cacim, al que sucedieron otros dos, Tayeb y Tayr, y cuatro hijas, Rocaya, Zaynab, Oumcolthum y Fátima. Los hijos murieron en la cuna. Las hijas vivieron hasta la predicacion de su padre, y fueron educadas en su fé. El kalifa Othman se casó sucesivamente con dos; la tercera, Zaynab, fué esposa de Abul-As; Fátima, la menor de todas, se casó con Ali, hijo menor tambien de los de Abutaleb, y de los primos de Mahoma. De Fátima descienden los musulmanes del turbante verde, que se llaman hoy scherifs, y que pretenden tener en sus venas una gota de la sangre del profeta de los creyentes.

Durante los diez primeros años de su matrimonio, ningun suceso notable marcó la vida de Mahoma. Todo este tiempo vivió en la oscuridad, la meditacion y el silencio. Treinta y cinco años tenia

cuando los habitantes de la Meca dispusieron reedificar la Kaaba ó el templo, que se desmoronaba de vejez, causando la mayor desolacion á los peregrinos. La piedad los impelia, el respeto los paraba. Habiendo naufragado un bastimento romano en aquel tiempo en los escollos del mar Rojo, no léjos de la Meca, arrojó á la playa madera, hierro y á un carpintero que se habia salvado del naufragio. Túvose por favor celestial este socorro de materiales y el envio de un artesano que los trabajara. Pero al levantar la mano para derribar los ruinosos muros y repararlos, nadie se atrevió á descargar el primer golpe. Por fin, Walid, mas piadoso ó mas osado que sus compatricios, cogió un pico y exclamó al levantarlo para echar por tierra un lienzo de pared: « ¡No te irrites, contra nosotros, Dios de Abraham; lo que vamos á hacer, lo hacemos por piedad! » La pared cayó y Walid no fué herido de muerte. No obstante, los coraitas quisieron dejar pasar la noche ántes de continuar, para persuadirse de que no recaeria una venganza divina sobre el sacrilegio material de Walid. Por la mañana salió este de su casa sano y salvo. Los coraitas se tranquilizaron entónces y continuaron la demolicion. Pero cuando fué menester volver á colocar la piedra negra de Abraham en un lienzo de la nueva muralla, las principales familias de la Meca preten-

dieron este honor. Empuñáronse las armas para dirimir la contienda. En el momento de ir á combatir, se interponen los sabios, y Mahoma, reputado el mas justo de todos, es elegido árbitro. Extiende en el suelo su manto, pone sobre él la piedra sagrada, da las cuatro puntas á cuatro jefes de las facciones cuya rivalidad iba á ensangrentar el templo, y hace que levanten simultáneamente la piedra, compartiendo así igualmente su peso hasta la altura que debe ocupar en la pared. Los árabes admiraron esta política, esta equidad y esta sabiduría en parábola. Su fama se aumentó: Cosroes, rey de Persia, á quien contaron el subterfugio de los habitantes de la Meca, preguntó: «¿Qué alimento toman? — Pan de trigo, le respondieron.

— ¡Enhorabuena, repuso el rey, porque la leche y los dátiles no dan ese ingenio! »

XXIII

En aquel tiempo, Mahoma, por un sentimiento de gratitud que le valió mas tarde la adquisicion del primero y del mas querido de sus discípulos, alivió

á su tio Abutaleb del peso de una numerosa familia, desproporcionada con su fortuna. Mahoma reunió á los parientes de Abutaleb y les dijo: « Nuestro tio ha caido en la pobreza, tomemos cada uno de nosotros uno de sus cuatro hijos. » Él eligió el mas jóven, llamado Ali, y lo adoptó para reemplazar á los tres varones que le habia arrebatado la muerte. Al mismo tiempo pidió á Kadidje un niño esclavo, llamado Sayd ó Zeyd, que le habia regalado, y que prometia ser valiente y discreto.

Mahoma lo adoptó con permiso de Kadidje, y el niño se adhirió tiernamente á Mahoma. Su padre, á quien se lo habian robado en Siria, vino á la Meca para rescatarlo. Mahoma no lo rehusó. Hizo venir á Sayd y le dijo: « ¡Sigue al que prefieras de los dos! » Sayd, prefiriendo su padre adoptivo á su padre natural, siguió á Mahoma, dejando la paternidad de la naturaleza por la paternidad del beneficio.

XXIV

Mahoma rayaba ya en los cuarenta y un años. Hasta entónces nada revelaba en él su destino. Pero se notaba que tenia una cualidad que los hebreos ha-

bian observado en su legislador Moisés, sus soliloquios mudos en el retiro. Parecía que esquivaba el bullicio de la multitud para ensanchar mejor la voz de su corazón. Durante el estío se retiraba con su mujer y su familia á una fresca caverna del monte Hira, cerca de la Meca. Salía con frecuencia por la noche, y se extraviaba por los valles y las colinas próximas á la gruta, para contemplar, orar y madurar los pensamientos que conducian sus pasos á la aventura.

Cada vez se prolongaban mas sus ausencias. Una obsesion enfermiza le afligia al parecer. El tiempo huía, y él no habia comenzado su obra, sintiendo el remordimiento interior de los hombres que se creen destinados á cumplir una penosa mision que aplaza su perezosa conciencia. La fuerza de una conviccion que extraviaba sus sentidos le hacia creer que oía voces de seres invisibles esparcidos por la montaña, saliendo de los peñascos para decirle : « ¡ Salud, enviado de Dios ! » Él daba cuenta á Kadidje de estas voces extáticas. Convencida esta de la virtud y de la superioridad de su marido, juzgaba como reales esas voces del éxtasis. Su fé, igual á la ternura de su marido, alejaba toda duda. Creía que el hijo de Amina era suficientemente virtuoso y superior á los otros hombres para merecer estas celestes comunicaciones, y confirmaba sus ilusiones con su piadosa credu-

lidad. La opinion de la divinidad de su mision comenzaba por el corazón de su mujer.

Sin embargo, Kadidje parecia haber temido algunas veces que aquellas visiones del entusiasmo fueran en su marido efecto de alguna enfermedad, ó vértigos de algun espíritu maligno. Las huellas de esta inquietud se descubren en el curso de una de las mas largas visiones que vinieron á decidir la predicacion pública de Mahoma.

XXV

Una noche que Kadidje descansaba en la gruta del monte Hira, se despertó y se sorprendió de no ver á su marido junto á ella. Alarmada por su larga ausencia durante las tinieblas, envió á sus sirvientes, sus hijos y sus esclavos á buscarlo en las gargantas de la montaña. Recorrieron barrancos llamándolo á voces, y así fueron, sin encontrarlo, hasta la Meca. Durante su ausencia, Mahoma habia regresado al despuntar el dia. Kadidje lo interrogó con las lágrimas en los ojos. « Dormia profundamente, le dijo su marido, cuando un ángel me ha aparecido en sue-

ños, trayendo una banda grande de seda llena de caracteres de escritura : « LEE, me dijo. — ¿Qué he de leer? le respondí con mi ignorancia. » Entónces el ángel me envolvió con cólera en esta tela escrita, rodeándome tan apretadamente, que casi me ahogaba, y me repitió con tono aun mas imperioso : « ¡LEE! — ¿Qué he de leer? le dije de nuevo.—LEE, en nombre de Dios, prosiguió el ángel; él ha revelado á los hombres la escritura y enseña á los ignorantes lo que no saben. » Yo repetí estas palabras del ángel. Desapareció; yo salí, anduve mucho tiempo para calmar mi espíritu yéndome á la montaña. Allí oí sobre mi cabeza una voz que me dijo : « O Mahoma, tú eres el enviado de Dios, y yo soy su ángel Namus (ó Gabriel), mensajero de Dios. » Levanté los ojos, ví al angel, y permanecí mucho tiempo confundido en el sitio en que desapareció de mi vista. »

Imposible es no ver en este sueño y en la vision imaginaria que engendró, la obsesion de una idea fija de Mahoma, en una época en que no sabia aun leer ni escribir, convencido sin embargo, por su genio interior, de que un LIBRO era el instrumento indispensable para la trasformacion religiosa de sus idólatras compatriotas.

« Valor, y regocíjate, le dijo su mujer consolada; por aquel que tiene en sus manos el alma de Ka-

didje, yo espero que vas á ser el profeta de nuestra nacion. »

XXVI

No obstante, temiendo ella misma ser juguete de la imaginacion de su marido, y de la suya propia, apénas rayó el alba, se fué sola á la Meca para consultar al de mas edad y al mas reputado de los sabios de la nacion, al ilustre Waraca, de quien ya hemos hablado. Kadidje le contó todo lo que su marido habia creído oír y ver. « ¡Santo Dios! exclamó el anciano, que como ya se ha visto, no participaba de las idolatrías populares, leia la Biblia y entreveia el cristianismo en el horizonte de la Arabia : ¡Santo Dios! ¡sí todo eso es cierto, Namus (Gabriel), aquel que llevaba en otro tiempo los mensajes á Moisés, se ha presentado ante tu marido, y Mahoma será el apostol de los árabes! » Waraca próximo al fin de su vida, ciego ya, fué abordado al dia siguiente por el mismo Mahoma en el vestíbulo del templo. « Hijo mio, le dijo el anciano, tú serás el mensajero de Dios para traer una luz mas pura á nuestros hijos : pero